

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.^a Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 24 de Mayo de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 23.

LAS ELECCIONES EN CUBA.

A ser ciertas las noticias publicadas por algunos de nuestros colegas, nuestras esperanzas comienzan á realizarse; el señor ministro de Ultramar á quien veníamos indicando que procediera á la eleccion de los diputados de Cuba, como el medio mejor de conocer las verdaderas aspiraciones de los habitantes de las Antillas, ha estimado conveniente al fin consultar el cuerpo electoral, dando por telégrafo las órdenes oportunas para que se verifique inmediatamente este acto político, que está destinado á influir notablemente en la suerte de las provincias ultramarinas.

Importante ha sido siempre el ejercicio de la soberanía en pueblos que carecían de la práctica de este derecho; pero si se reflexiona en la situación actual de los espíritus, si se recuerda que la mayoría de nuestros hermanos luchan por mantener íntegra la nacionalidad española, y que las diferencias políticas se han desvanecido ante los peligros de la patria común, preciso será reconocer que no ha habido nunca ocasión más solemne, ni momento de más importancia para la vida política de un país. Los que dan con su abnegación un testimonio de patriotismo, los que prueban con su esfuerzo la viveza de sus sentimientos españoles, van á abandonar los azares de la lucha para consignar ante sus enemigos, y ante el mundo entero, que la mayoría de la isla de Cuba, que la parte más numerosa de la población que la constituye, anhela sólo la unidad con la madre patria, y la consolidación de los vínculos que la mantienen.

Cuando existen entre nosotros quienes se permiten defender la popularidad del movimiento revolucionario, cuando no faltan gentes que presentan á la insurrección como una protesta contra la tiranía de nuestro sistema colonial, necesario era que vinieran los diputados de aquella Antilla para hacer conocer al país, desde el seno de la representación nacional, que no hay nada de legítimo en ese levantamiento separatista; se han olvidado por algunos los deberes más vulgares del patriotismo, se ha hecho cuestión de partido los asuntos ultramarinos, y justo es que vengan los españoles de la isla de Cuba á recordar los sentimientos que se han olvidado aquí, á mantener vivas unas aspiraciones que se han mezclado lastimosamente con las exigencias de los partidos.

Entonces los que decantan liberalismo, pidiendo precipitadas reformas en la organización política de las Antillas, oírán de los únicos autorizados para hablar en nombre de aquellos pueblos, que ansian más el sosegado ejercicio de instituciones durables que no el ensayo violento de peligrosas exageraciones, que desean sinceramente el planteamiento de la libertad política, pero que aspiran á realizarla sin llevar la perturbación á la vida de aquellas sociedades; y no se crea que decimos esto porque supongamos contrarios á toda mejora á los habitantes de la isla de Cuba, sino porque convencidos de que han de venir sus representantes inspirados en las verdaderas necesidades de su país, exigirán lo que sea conveniente, trabajarán por realizar lo posible, y no sujetarán á fórmulas abstractas el régimen político de las Antillas.

Pero si ventajosos son los resultados que producirá la venida de los diputados cubanos para ilustrar la opinión pública de la Península acerca de los asuntos ultramarinos, y desmentir las falsas acusaciones de que se han hecho eco algunos de nuestros colegas; mayores son indudablemente las consecuencias que está destinado á causar este acto, por la justicia que realiza, y la oportunidad con que responde á las necesidades de aquellas provincias.

Apelar al sufragio universal, consignar en la Constitución del Estado libertades y garantías, y organizar al mismo tiempo las islas de Cuba y Puerto-Rico sin la asistencia de sus representantes, y sin el conocimiento de sus aspiraciones, sería faltar á los principios en que descansa el régimen actual é incurrir en una irritante consecuencia con las mismas doctrinas y con los mismos compromisos de que se hace uno y

otro día alarde por los partidos revolucionarios.

Si se reconoce por todos la necesidad de que intervengan los ciudadanos en la redacción de sus leyes; si se reclama con sinceridad el ejercicio de los derechos individuales para la constitución definitiva del país, ¿por qué se intenta al mismo tiempo prescindir de la legítima intervención de los cubanos en la organización del sistema por que se han de regir? ¿por qué se evita el reconocimiento de esos derechos, á los que tantos testimonios habían dado de que tenían patriotismo suficiente para ejercerlos con cordura?

No tratamos de inculpar á nadie, no quisiéramos nunca que nuestras palabras se interpretaran como hijas de un espíritu de animosidad; pero al ver la insistencia con que se han resistido mucho tiempo las elecciones, por la misma parcialidad que más muestras había dado de intransigencia y radicalismo, al examinar las dilaciones con que se venía entorpeciendo el planteamiento del único acto que podía ser base de un sistema liberal, no podemos menos de comprender perfectamente que no se deseaba satisfacer las aspiraciones de aquellos españoles, sino realizar un gobierno que respondiera únicamente á las tendencias de cierta escuela.

Y no se nos diga que las circunstancias políticas entorpecían la elección, y que la lucha era un obstáculo para el ejercicio tranquilo de ese derecho, porque repetidas veces ha atravesado la Península momentos de igual agitación, y nunca se ha interrumpido por el estado de una provincia la reunión del cuerpo electoral, y el nombramiento de sus representantes.

Si la lucha era poderosa, si preocupaba todos los ánimos, si creaba anomalías y conflictos difíciles de dominar, razones eran estas para acelerar las elecciones en Cuba y nunca para retardarlas. Hubo obstinación, sin embargo, en desconocer esta verdad, y á pesar de nuestras gestiones y de las súplicas reiteradas de cuantos se interesan por la suerte de las Antillas, se intentó alterar radicalmente las bases en que descansa su gobierno, sin reconocer la justicia de la conducta que aconsejábamos.

Por fortuna parece que el Sr. Moret ha adoptado otra conducta, y que ha expedido órdenes para que se realice la solución que veníamos defendiendo desde nuestra aparición en la prensa de la Península: si el hecho es cierto, si las noticias de nuestros colegas no resultan desmentidas, estamos seguros de que se acogerán con júbilo estos propósitos entre nuestros hermanos de la isla de Cuba; pero para que la elección obtenga realmente resultados positivos, para que pueda esperarse con justicia que ejercerá un influjo saludable en la suerte de aquellos países, preciso será que el Sr. Moret complete la política que ha iniciado, aplazando la resolución de todas las reformas que se relacionen con ellos. Proceder de otro modo, resolver cuando está tan próximo el término de la presente legislatura ninguna de las graves cuestiones políticas de Ultramar, al mismo tiempo que se reconoce la necesidad de que asistan los diputados de Cuba á la obra de su constitución política, sería contradecir los principios que se reconocen, y dar motivos más que suficientes para que se desconfiase de la sinceridad con que se consultaba la voluntad del país.

Ignoramos por completo los proyectos del Sr. Moret; si recordamos con cuidado algunas de las palabras que pronunció recientemente, quizás encontraríamos algo que suscitara nuestros temores; pero por cima de algunas frases ocasionadas sin duda por la agitación de un debate, está para nosotros la confianza que nos inspira la prudencia y el talento que somos los primeros en reconocerle, la inflexibilidad de los principios que se aceptan, la lógica de los sucesos que se promueven, y hasta la seriedad misma que está obligado á mantener quien tiene á su cargo la dirección de un departamento ministerial. Debemos por lo tanto dudar de que se intente tocar á ninguno de los problemas políticos y sociales que complican la situación de las Antillas, y tenemos el derecho de creer que, reconocida la necesidad de proceder á la elección, no se incurrirá en la notable inconsecuencia de resolver por un acto ministerial cuanto hay de más grave en aquellas pro-

vincias, y someter al fallo de sus representantes la organización administrativa de alguno de los poderes que se planteen, alguna ley de pensiones ú otra análoga de interés local.

Suponer siquiera esto, sería admitirlo absurdo, encontrar fácil lo imposible; y por hábitos que estemos á ver entre nosotros pasar casi desapercibidas contradicciones que serían en otros países más regularmente regidos asunto de profunda extrañeza, la verdad es que no podemos hoy, sin faltar á nuestra constante imparcialidad, achacar al Sr. Moret unos errores de que seguramente está muy ageno de participar. Omitimos por lo tanto comentarios improcedentes y razones que pongan de relieve la indicada contradicción, y confiamos en que deseándose sinceramente la prosperidad de las provincias ultramarinas y el sólido afianzamiento de las instituciones políticas, se aguardará á oír el voto de los cubanos para realizar las reformas que sea conveniente plantear.

Si llega á observarse esta conducta, la isla de Cuba está salvada, y la unidad nacional se fortalecerá con nuevas garantías; pero si se prescinde de los consejos de la política y se precipitan los sucesos por acallar la gritería de una minoría que se cree popular, si se entrega al criterio político de unos cuantos fanáticos ó malvados la dirección de asuntos que llevan consigo el poderío de nuestra patria y el prestigio de nuestro nombre, los conflictos adquirirán un vigoroso impulso, las amenazas crecerán en número, se debilitará quizás el esfuerzo de los que en la actualidad nos defienden, y el predominio entonces de los enemigos de España ó la lucha entre los elementos que constituyen nuestra raza, vendría á ser para los que la causaron con sus actos, eterno testimonio del error de su conducta.

Podrán seguramente sobrevenir perturbaciones dolorosas á pesar de la venida de los diputados cubanos; podrán quizás carecer de medios que oponer á las exageraciones de los partidos; pero el Gobierno que haya realizado cuantos medios estén á su alcance de proceder con acierto, el Gobierno que inspirándose en los intereses generales del país haya sabido posponer las exigencias de las muchedumbres á los deberes de la prudencia, podrá sufrir la crítica de las medianías y el disgusto de muchos ciudadanos, pero salvará ante la historia la responsabilidad de sus actos, y la sinceridad de su patriotismo.

Atenderá el señor ministro de Ultramar los indicaciones que le enviemos en nombre de los españoles de las Antillas? Peligrosos son los momentos actuales para los que discutimos; las voces de la razón se pierden entre las algaracas de esas multitudes que insultan y difaman decantando liberalismo, y posible es que nuestros argumentos se confundan con el vocerío de aquellos que intentan oscurecer con sus declamaciones la vergonzosa trama de sus criminales propósitos. Conste, sin embargo, que nosotros que hemos vivido en aquellos países, que nosotros que hemos presenciado el continuo sacrificio de sus habitantes por conservar íntegra la nacionalidad española, enviamos nuestros plácemes al Sr. Moret, por haber ordenado que se proceda á la elección de diputados en la isla de Cuba, y declaramos que si se realiza este importante acto, verán los españoles resueltas muy en breve todas las reformas, todos los progresos que exige en realidad la situación de las Antillas, y unidos á todos los que vivan á la sombra de nuestra bandera, bajo la santa garantía del derecho y de la libertad verdadera.

LOS SUCESOS DE PORTUGAL.

Son tan extraños, son tan graves y trascendentes los acontecimientos de que Lisboa acaba de ser teatro, que la atención general en Europa se apartará, sin duda alguna, en estos momentos de todas las cuestiones que en los diversos Gabinetes se agitan, para fijarse en el vecino reino y buscar un punto claro en el lóbrego horizonte de su política. Un hombre octogenario, que ha llegado á la primera dignidad de la milicia, que se vé rodeado de una aureola de fama y de prestigio, que ha pasado repetida-

mente por las regiones del poder, se pone al frente de una revolución militar, lanza su nombre por bandera, ataca el palacio de su soberano, se impone á éste por la fuerza, y entra á formar gobierno, llevado tal vez por una energía que los años no han podido disminuir, por un arrojo, que no por ser deplorable, deja de ser digno de admiración, aunque sin ser llamado por la opinión pública; que según las noticias recibidas, lejos de secundarle, ha permanecido en una indiferencia aparente, que revela casi una hostilidad efectiva á sus actos, sin que le acompañen en estos las simpatías de los liberales, que en esta ocasión, cualesquiera que fuesen sus quejas contra el Ministerio anterior, no han saludado con entusiasmo un pronunciamiento cuyo objeto acaso sea satisfacer la ambición de una personalidad ó levantar una bandera que con razón ó sin ella es antipática al pueblo portugués, y sin que, por último, la necesidad de las circunstancias le impeliere, puesto que faltándole el apoyo de los batallones que ha arrastrado, no habría conseguido la realización del que, por lo visto, venía siendo desde hace algunos meses el más dorado de sus ensueños.

La conducta del mariscal, duque de Saldanha, sólo puede explicarse de dos modos: ó aspiraba única y exclusivamente á sustituir en el poder á su émulo Loulé, y en ese caso escusamos todo juicio, ó se lanzaba impulsado por el deseo de realizar la gran idea de la unión ibérica, y entonces los móviles que le guiaban son nobles y dignos, aunque la ausencia absoluta de oportunidad y de tacto le hagan responsable de su completo fracaso.

Deseamos, como el que más, que pudiera efectuarse esa unión, cuya primera consecuencia sería hacer de ambos Estados una potencia de primer orden; pero no queremos, ni podremos nunca querer que esto se realice contra el deseo verdadero de uno de los pueblos de la Península, porque la historia nos dice cuán infecunda fué en prósperos resultados la anexión de Portugal á España, llevada á cabo por medio de la violencia en tiempo de Felipe II.

La unión ibérica podrá ser un hecho mañana; hoy es imposible, puesto que la voluntad de los portugueses se opone á ella; que no significa, ni puede significar otra cosa la frialdad con que ha sido acogido ahora por las masas en el vecino reino, el triunfo del que siempre fué su héroe, el encumbramiento del que fué siempre su ídolo.

El duque de Loulé, al resistirse á refrendar el nombramiento de Saldanha, ha sabido en estos momentos sacar partido de su posición adquiriendo una popularidad que acaso no tenía y que puede haber disminuido para su anciano rival por suponersele afecto á los principios unitarios.

No se comprende una conspiración ibérica en Portugal, sin ramificaciones en España, sin que responda al movimiento de allí otro movimiento simultáneo aquí, sin que haya estrecha relación entre los revolucionarios de ambos países, cuando se proponen un mismo objeto. Ahora bien, los fervientes iberistas españoles están al frente de la situación, y sin embargo sus actos no indican que estuviesen en connivencia con los iberistas lusitanos; y una de dos: ó Saldanha ha obrado sin combinación con aquellos, y no parece esto probable después del viaje á Madrid del Sr. Fernandez de los Rios, ó la unión ibérica no ha sido más que un pretexto, si ha llegado á ser invocada, y sólo se ha querido derribar á una administración para ocupar los empleos y las dignidades de los que tenían esas dignidades y esos empleos.

Aun suponiendo que el duque de Saldanha hubiese obrado con una ligereza que no cabe en un hombre político de su altura, y sin concierto alguno con los iberistas de aquí; y aun admitiendo que el movimiento militar efectuado en Lisboa tuviese el carácter que varios le dan, es imposible que los últimos dejaran de secundarlo de algun modo, sobre todo viéndolo triunfante. Escusable es por lo tanto la duda de si carece de ese carácter ó de si hay aquí la convicción de haber sido mal acogido por el pueblo portugués, cuando nada se ha intentado en España que responda á las aspiraciones de los vencedores Saldanhistas.

Sin embargo; cualquiera que sea la verdad de los hechos, los portugueses que desean la buena amistad de nuestra Nación, pero que no quieren la fusión de las dos nacionalidades por creerla perjudicial á sus intereses, han de manifestarse desde luego hostiles al Gabinete que Saldanha constituya; y prueba bien clara es de ello que no haya podido formarlo con la presteza conveniente, porque algunos de los hombres importantes que ha llamado se niegan á figurar en sus combinaciones; y esto áun contando los que más fama tienen de ambiciosos, que quizás temen, y acaso es el primer temor de su vida, aceptar una cartera con la impopularidad que por su supuesto ó verdadero ibe-rismo ha de pesar sobre los ministros de esa revolución.

El espíritu que reina entre la muchedumbre no es más favorable á aquella que el que se nota en los altos círculos políticos; y si hoy no han respondido al grito de la victoria con esas ovaciones más ó menos entusiastas, con esos aplausos más ó menos sinceros que se prodigan siempre á los vencedores cuando suben al poder, mañana cuando el día de la embriaguez del triunfo haya pasado, cuando se reúnan los comicios y la obra de Saldanha haya de ser sancionada por el voto de los representantes de la nación, mucho nos tememos que una fuerza más poderosa que la de las bayonetas venga á derrotarle á su vez, y le expulse de un puesto que ha hecho suyo por derecho de conquista, si no declara solemnemente que se opondrá á la unión ibérica, idea grande, en verdad, pero cuyas excelencias no comprende el pueblo portugués; pensamiento magnífico, pero con el cual no transigen por ahora nuestros vecinos; causa verdaderamente digna, pero que Inglaterra combatirá en todo tiempo, porque así le conviene, y nada hay para ella más sagrado que los intereses de su comercio.

La unión ibérica ha de ser obra del tiempo que vence las preocupaciones y hace desaparecer los obstáculos: luchar por ella en los momentos actuales es una locura, no sólo porque es de todo punto irrealizable, dada la opinión que profesa la mayoría del pueblo portugués, sino porque acaso nos daña, haciendo de todo punto imposible la cesión de Gibraltar por parte de Inglaterra.

Sueñen en buen hora los iberistas de ambas naciones: su sueño es patriótico, pero no es al fin más que un sueño. La unión ibérica, si llega algún día á realizarse, sólo será por medios pacíficos, por efecto de un sentimiento universal en ambos países, después de vencidas muchas prevenciones heredadas; pero nunca por la violencia, nunca por la sorpresa, nunca en fin por el capricho de un hombre.

CUBA.

A vueltas de un diluvio de lamentaciones sobre la suerte de las supuestas víctimas que hace la *iniquidad de los voluntarios en Cuba*, sobre el *cuadro horroroso que ofrece la administración de justicia en esa Isla*, autorizando el robo bajo el nombre de *confiscación y sancionando muchos y terribles asesinatos, porque los asesinos son esos mismos voluntarios*, sobre los *simulacros de consejos de guerra* que juzgan y llevan al patíbulo á las mujeres, *¡á las desgraciadas cubanas!* como exclama lleno de compasiva aflicción el *Sufragio Universal*, pide ese periódico, en nombre de la honra nacional, que se ponga término á aquella sangrienta lucha, porque es *cuestión de humanidad*, porque el *glorioso pabellón de Castilla está allí prestando sombra al crimen*, porque no debe continuar esa guerra bárbara, que nos hace el *ludibrio de la milicia que hemos nombrado antes*.

Nosotros le preguntaremos: ¿qué haríamos para llegar á esa terminación de la guerra, á esa pacificación de la tierra en que nacimos, nosotros, que con más título y más motivos que él lo deseamos? No creemos que el *Sufragio Universal* pretenda que para lograrlo imitemos la conducta del *célebre Duguesclin* en los campos de Montiel; que deteniendo y sujetando el brazo del legítimo soberano del país, auxiliemos al traidor bastardo, que invadiendo el suelo patrio con mercenarios extranjeros, atenta contra los derechos de la justicia y la naturaleza, para que clave el puñal del asesino cobarde en la garganta del noble hermano. No: esa intención no podemos imputarla á quien se duele con palabras tan lastimosas, que causan congoja á quien las lee, de la sangre que se está derramando, porque es *sangre española*.

¿Será que alcancemos la solución pacífica de la cuestión, llevando amplias libertades á los que aún conspiran contra España y á los que aún prosiguen en su tarea de matanza y de devastación, con el propósito de destruir nuestra nacionalidad en América? No creemos que el *Sufragio Universal* ignore que no quieren esas libertades: que cuando les fueron concedidas por el General Dulce, en Enero de 1869, sólo aprovecharon para dar aliento al espíritu

de *insurgentismo*, envalentonado por la impunidad que creyó encontrar en esas franquicias, para ultrajar á esa bandera que dá sombra al crimen de la lealtad.

Hay en el pueblo español una nobilísima cualidad, que unos para conseguir el triunfo de sus doctrinas, y otros para alcanzar simpatías á favor de malas causas saben siempre excitar. Esa cualidad es la generosidad. La caballerescas altivez del carácter nacional, se opone á todo aquello que se le presenta con el distintivo de la opresión al débil, ó de la humillación al desgraciado. El clamor del oprimido, las lágrimas del infortunio, la vista del fuerte, abusando del que sufre y violentando con su superioridad ó con su poder á sus semejantes, despiertan en nuestro pueblo ese sentimiento magnánimo que nuestros detractores se afanan por ridiculizar, porque no lo comprenden ó porque lo envidian; pero esa generosidad en sus arrebatos, puede llevarle á ser injusto por error. Para que esto suceda, preciso es extrañarle y hacerle creer que se apela á su rectitud y á su nobleza, á fin de que salga á la defensa de la falsa debilidad y de la supuesta razón.

En esa situación nos parece que nos hallamos. Trátase de crear una atmósfera contraria á los defensores de la integridad del territorio patrio y á la causa que estos sostienen en Cuba; ya sea por inocente equivocación, ya con intención y oculto propósito. En el primer caso debe estar el *Sufragio Universal*, cuando con tanto calor viene haciéndose eco de infundadas lástimas y de pobres invenciones, como en su artículo titulado *Cuba* (núm. 91) aparece, ó como se ve de una serie de cartas dirigidas al Sr. Ministro de Ultramar, que está publicando, y de las que más luego habremos de ocuparnos con la detención y con los datos convenientes para desvanecer sus ilusorios conceptos. Por ahora nos permitiremos darle explicaciones sobre los particulares de que se ocupa en su artículo, y por estas de seguro habrá de convencerse que se ha abusado de su buena fé, haciéndole órgano de hipócrita pensamiento.

En el partido leal en Cuba, no hay *ese españolismo, encarnación de las más ruines aspiraciones* que dice: lejos, muy lejos de ser así *hay un españolismo* probado por todos los medios posibles. Desde el origen de esa menguada rebelión, que cuenta tantos hipócritas y avevosos jefes, ese partido, entusiasta por su nacionalidad, ha prodigado servicios de todo género, sacrificios de toda especie; la hacienda, la vida, todo lo ha ofrecido y entregado para evitar que España pierda aquella provincia y que la bandera de nuestros padres se arrie entre una rechifla vergonzosa. La decisión, el arrojo, la espontaneidad, la largueza de los que forman ese poderoso partido han sido y son muy grandes.

Al principio nuestras tareas aquí, y al saludarnos *El Sufragio Universal*, nos hizo saber que sus redactores, así como nosotros, habían nacido en Cuba; pues bien, por orgullo de ellos debemos hoy decirles, que en ese partido figuran desde esos momentos de triste recuerdo muchos y muy buenos insulares, que consideran una distinción, los unos estar en él, los otros vestir el honroso uniforme de voluntarios, y que repiten con satisfacción estas palabras que debieran llevar escritas con letras de oro en sus banderas: LOS VOLUNTARIOS HAN SALVADO Á CUBA.

Una equivocación es, decir que *nuestro glorioso pabellón está prestando sombra allí al crimen y á la iniquidad*: nuestro glorioso pabellón ha presenciado en esa isla *crímenes é iniquidades* perpetrados contra sus valientes defensores.

Muchos ejemplos pudiéramos citar de ellos, pero bastará recordar los avevosos disparos que los secuaces de la rebelión dirigían contra los soldados que desarmados paseaban por las calles de la Habana y contra los demás españoles, que nunca veían á los traidores, que ocultos tras las persianas ó á hurtadillas desde las azoteas, acechaban el momento de consumir su cobarde alevosía: la escena del café «El Louvre», preparada con indigno ardid por unos miserables; los asesinatos de funcionarios de policía, en la calle de las Figuras en aquella capital; el incendio de valiosas propiedades; el saqueo de establecimientos en los campos, pertenecientes á peninsulares pacíficos; la mutilación de los prisioneros que hacían los traidores en sus imprevistos ataques á algún pequeño caserío; la desmoralización en los distritos que ocuparon, y el exterminio de la riqueza por donde pasaban los rebeldes. Y también ha presenciado nuestro pabellón hechos gloriosos dignos de él, tales como la heroica defensa de una casa en Holguín, por un jefe valiente con 30 veteranos y 120 voluntarios, contra toda la fuerza de los insurrectos, que apoderada de la villa no pudo en más de 30 días de asedio rendir á ese puñado de bravos, que sin municiones y casi sin víveres insultaban al número con su denuedo y su constancia; como los triunfos alcanzados en Remedios por una pequeña columna de tropa de línea y voluntarios blancos y de color, destruyendo á las partidas sublevadas que reunidas invadieron aquel distrito: como la defensa de Manzanillo por voluntarios tam-

bien, contra fuerzas inmensamente superiores en comparación á las de aquellos; como la de Trinidad, en que 150 voluntarios y 15 lanceros pusieron, á presencia del Comodoro americano Wolf, en vergonzosa fuga á más de 1000 rebeldes capitaneados por los jefes *invictos* del insurgentismo en las Cinco Villas; como la de las Tunas, en que un puñado de soldados y de voluntarios rechazaron á Céspedes y á todos sus secuaces después de una lucha heroica; como los hechos de armas de las milicias de Güines (insulares) en los campos de Cienfuegos, en los que tantas veces hicieron morder el polvo á los separatistas. ¡Oh, nuestro glorioso pabellón ha quedado con honra allí, y nuestro valiente ejército y nuestra digna marina y nuestros arrojos voluntarios han sabido conservar su pureza y su buen nombre!

Si así no hubiera sido, tendrían los separatistas ó sus simpatizadores, ese encono contra esa milicia, honor de Cuba y de España?

Si *El Sufragio Universal* conociera el personal de esos cuerpos, no admitiría ni repetiría como verdades los calificativos de *ambiciosos é ignorantes* que dá á esos hombres, á esos dignos conciudadanos nuestros, que prodigan su riqueza en aras de su nacionalidad. El temor de hacer muy extensas estas aclaraciones, no nos permite citarle muchos, muchísimos que á una ilustración poco común reúnen crecidos capitales adquiridos en las industrias y en el trabajo; pero podemos asegurarle sin temor de ser desmentidos con fundamento, que entre ellos se encuentran acaudalados negociantes como el respetable D. José María Morales, nacido en América, que mereció siempre el aprecio general por sus relevantes cualidades; Don Ramon de Herrera, rico comerciante; D. Miguel Suarez Vigil, magistrado probo y entendido; D. José Solano, hijo de Cuba y poseedor de crecida fortuna, y mil y mil otros opulentos propietarios y negociantes, que lejos de inspirarse en mezquina codicia aprestan recursos y concurren con sus personas al servicio de la patria.

Y no se alarme por las protestas que los leales formulan y suscriben en Cuba, y una de las cuales ha autorizado con su firma el general Caballero de Rodas; si las lee, encontrará que en ellas no se pronuncian en rebelión contra España, ni desafían su autoridad: lo que hacen es jurar que no consentirán jamás en que esa provincia, parte integrante de la nación, sea vendida ó cedida al extranjero, y que sabrán morir antes que someterse á tan vergonzoso pensamiento. Y á esa protesta concurre don Antonio Caballero de Rodas, como buen español, y lo que en ella ofrecen sabrán cumplirlo, que aún circula por las venas de esos hombres la sangre de los que quemaron las naves en Vera-rux y vencieron al dominador de Europa; y ese grito aplauden y á él se adhieren los hombres de todos los partidos en la Península, y así lo consignan en periódicos y en documentos, algunos de los cuales ya hemos publicado.

Han engañado á nuestro colega los que le han dicho que D. José Ferrer de Couto es un *negrero furioso*. Va gastándose esa muletilla, que no causa efecto, como en pasados días, cuando era posible sorprender la credulidad pública. Ferrer de Couto perteneció al ejército, fué periodista en esta capital, sirvió algún tiempo en administración, y desde muchos años hace vive en Nueva-York redactando *La Crónica* y después *El Cronista*, y accidentalmente se encuentra hoy en Cuba. ¿Cómo puede ser *negrero* un escritor que reside en el extranjero?

Agenos todos los buenos en aquella isla á las oscilaciones de la política militante de aquí, ni trabajan ni se ocupan en derrocar la obra de la Revolución de Setiembre. En los cambios de sistemas y de constituciones que desde 1834 han venido sucediéndose, siempre han prestado su adhesión al gobierno establecido sin conspirar nunca por derrocar al poder que elige la nación. ¿Y para qué habrían de tomar parte activa en tales revueltas? Los que componen el partido leal en aquella provincia, tranquila hasta estos malaventurados tiempos, que prosperaba creciendo en opulencia, mientras se debatían aquí cuestiones cuya solución no se conoce aún, no quieren empleos, ni ambicionan situaciones oficiales. Además, sabían muy bien, que *mientras los bizantinos reunidos en la iglesia de Santa Sofía se ocupaban de disputas sobre teología, los soldados musulmanes llegaron á tocar á las puertas de Constantinopla con el cuento de sus fardas lanzas*.» A conspiraciones de otra especie dedican sus horas y sus afanes: á las conspiraciones del trabajo noble y honroso, que crea los capitales, que fomenta la riqueza de los pueblos, que despierta y aviva la idea y el hábito de la laboriosidad, que robustece la vida de las sociedades, que moraliza al hombre y que le aleja del vicio y del crimen. Por eso Cuba crecía en importancia y en bienestar mientras en las provincias hermanas de la Península la industria, el comercio y la agricultura se arrastraban lánguidas, contenidas en su desarrollo por la funesta fiebre de la política,

que separa al hombre de ocupaciones prácticas y provechosas.

De aquí es que nada hay más fácil que satisfacer á aquellos habitantes. BASTALES UN SISTEMA EN QUE PRESIDA EL ORDEN; EN QUE REINE EL PRINCIPIO DE SEGURIDAD; EN QUE SE EVITEN Y NO SE ALIENTEN LAS PERTURBACIONES POLÍTICAS Y SOCIALES; EN QUE SE AFIANCE EL PORVENIR PARA QUE NO SE DISIPEN EN UN MOMENTO, COMO EL HUMO, EL FRUTO DE SU TRABAJO Y EL RESULTADO DE SU ECONOMÍA; EN QUE NO VEAN LA POSIBILIDAD DE DESPOJARLES DE UNA NACIONALIDAD QUE ES PARA ELLOS SUPERIOR Á LAS DOCTRINAS DE TODAS LAS ESCUELAS; EN QUE PUEDA DESARROLLARSE EL CRÉDITO QUE HAN CREADO Y EN QUE LA TRANQUILIDAD SEA UNA VERDAD PRÁCTICA Y NO UNA VERDAD ESPECULATIVA OFRECIDA ENTRE LAS TURBULENTAS EXCITACIONES DE LOS QUE VIVEN Y MEDRAN CON LAS CONMOVIONES PÚBLICAS.—Eso les basta, eso ha mantenido felices y pacíficas aquellas tierras, eso desean: ¿lo alcanzarán? ¡Ojalá! pero tememos que no suceda así, si es que aquí, como envidiosos ó como despechados por el bien ajeno, con una propaganda funesta y con exageradas innovaciones y con violentos cambios, se trabaja con afán por derramar en aquel suelo la semilla de las eternas revoluciones que han hecho desgraciadas á las perdidas repúblicas del continente americano.

Que la insurrección que estalló en Yara marcha á su término, es una verdad: descansen en ello *El Sufragio Universal*. Nos prometemos que por ese resultado habremos de darnos pronto recíprocos placeres, si no surgen nuevas dificultades para Cuba que hagan renacer la rebelión sentenciada á morir en breve, ó que la permitan recobrar vigor en su agonía. Esto depende en parte del Gobierno de la nación, y los buenos debemos confiar en el patriotismo y en el tino de nuestros hombres de Estado, sobre quienes pesa la inmensa responsabilidad de salvar á aquellas tierras de la ruina.

Ni se han decretado allí *confiscaciones de bienes*, ni los voluntarios *piden descaradamente que las propiedades de los traidores se repartan entre ellos*. Como medida de legítima defensa, como obligación legal impuesta hasta en el Código penal, se ha llevado á efecto el *embargo* precautorio de las pertenencias de los insurgentes, y los hombres leales quieren que éstas se vendan para atender á los gastos de la lucha que los rebeldes han promovido y para indemnizar á los que han perdido sus fortunas, destruidas por la tea incendiaria de nuestros enemigos, que han pretendido castigar así en los españoles el *feo y repugnante delito* de fidelidad á nuestra patria. ¿Acaso encuentra justo nuestro colega que se deje á los enemigos de España una fuente de recursos, resguardada y conservada por España misma, para que le hagan la guerra y exterminen su poder y le asesinen sus hijos? No: el buen criterio de nuestro colega es superior á tamaño despropósito.

Lo que nuestro Gobierno ha practicado en Cuba en esto, es aún menos que lo que la República norte-americana hizo en los Estados del Sur de esa nación, cuando pretendieron separarse del pacto federal. Si alguna duda de ello abriga, pronto estamos á publicar los decretos dictados y llevados á severa ejecución por el gobierno de ese país, *modelo de la libertad*, según la opinión de sus admiradores.

Dejemos á un lado el error, que no queremos darle otro nombre, de los *simulacros de consejos de guerra con que se ha juzgado y llevado al patíbulo á las mujeres, ¡á las desgraciadas cubanas!* Tal puerilidad inventada para sorprender la buena fé de nuestro colega, no merece los honores de la refutación.

Pero si hubiera sucedido, ¿acaso habría razón para hacer por ello un cargo á una administración por cumplir la ley? ¿La mujer, por serlo, está exenta del castigo por los crímenes que cometa? ¿Hay impunidad para el delito, por causa del sexo? ¡Extraña teoría sería esa en unos tiempos en que se pretende que la mujer goce de los mismos derechos civiles y ejerza las mismas funciones que estaban hasta ahora reservadas al hombre!

No sabemos que en Cuba haya sido conducida nunca al patíbulo una mujer; pero si recordamos que señoras de Nueva Orleans, durante la guerra del Norte y del Sur en la República de los Estados-Unidos, fueron encerradas por ser separatistas, y encerradas algunas en el fuerte Jackson; y tenemos presente, muy presente, que Mrs. Surratt fué ajusticiada como cómplice del asesinato del Presidente Lincoln, diciéndose después que había muerto inocente de ese crimen!

Y no sorprenda que á cada paso traigamos como ejemplo las prácticas observadas en esa nación. ¿Adónde buscar *modelo más autorizado* para esas cuestiones, que en el pueblo en que imperan las doctrinas políticas y sociales más avanzadas y que á cada paso se nos cita como norma que debiéramos seguir?

Vamos á terminar este largo artículo con unas breves observaciones, sirviéndonos de algunas de las mismas palabras de nuestro colega. *El mundo nos contempla*: no le demos por

más tiempo el raro espectáculo de estar nosotros mismos denigrándonos con la publicación de las exageradas noticias de nuestras faltas ó de nuestros supuestos errores.—Que el espíritu de escuela no nos haga olvidar los deberes que nos imponen el patriotismo y la verdad. Que en las cuestiones de Cuba presida en nuestras apreciaciones la rectitud en los juicios, la templanza en los escritos, la cordura al pedir determinaciones justas, sin prevenir insensata, apasionada y falsamente la opinión pública y el ánimo de nuestros gobernantes, á los que no se deben dirigir palabras ó noticias inexactas, y á los que deben hacerse advertencias razonables, sin apelar con aviesa intención ó por imprudente ligereza al recurso de escitar su generosidad amenazándoles con la presión de continuas censuras ó de violentas indicaciones.

El error ó la doblez que á ese fin se endereza, es indigno de los que sinceramente aspiran á que el porvenir de España sea el que se merece, como civilizadora del Nuevo Mundo, y no corresponde á los que desean la prosperidad de este pueblo, digno de mejor suerte, y cuya agricultura, y cuya industria, y cuyo comercio sufrirían rudo golpe con la pérdida de nuestras Antillas, que traería consigo la disminución, cuando no la destrucción de su importancia marítima, de su poder y de su gloria.

Tener siempre excusas en los lábios para los defectos, y baldones y denuestos y cargos supuestos para los leales, que tantos servicios, tantos esfuerzos y tantos sacrificios vienen haciendo, y á los que se debe la salvación de Cuba, es inexcusable á menos de creer en los que así proceden, una ignorancia absoluta de lo que dicen, ó una candidez admirable para admitir y propalar conjeturas.

CIRCULAR CARLISTA.

Toda la prensa de Madrid ha dado cuenta del nuevo manifiesto carlista, que firmado por el Sr. Aparisi y Guijarro, ha circulado con la mayor profusión.—Lo reproducimos como documento notable, para aquellos de nuestros lectores que quieran estar al corriente del movimiento de los partidos en España:

JUNTA CENTRAL
CATÓLICO-MONÁRQUICA.

MADRID 18 de Mayo.

Sr. Director de...

Muy señor nuestro y de toda nuestra estimación: Cumplimos lo que se nos previene, remitiendo á V., para que la publique, la adjunta circular expedida por la Secretaría del Sr. Duque de Madrid.

Somos de V. atentos y seguros servidores Q. B. S. M.,

EL PRESIDENTE,
El Marqués de Villadarias.

EL SECRETARIO,
El Conde de Canga Argüelles.

«Sres. Directores de los periódicos religioso-monárquicos de España.

«El Duque de Madrid dá á Vds. gracias, y muy expresivas, por lo que han hecho hasta aquí en pró de la causa de Dios, de la Patria y del Rey legítimo, y espera que han de seguir empleando, y aun estremando sus fuerzas, su celo y su prudencia para que salgan vanas las artes con que se pretende por algunos enflaquecer, y si tanto fuese posible, destruir el gran partido carlista.

«Hoy más que en ningún tiempo, mereced á un incidente sensible, en España, y fuera de España, se usa de esas artes, llevando por principal objeto promover disensiones en ese nobilísimo partido.

«Se da por cierto que en él ha ganado el liberalismo algunos secuaces; se habla de hombres nuevos y de hombres viejos; se tiene valor para recordar el *neismo*. A unos se les supone razonables, que han olvidado y han aprendido algo, y vislumbra al menos las necesidades de la civilización; trasfórmase á otros en oscuros y formidables reaccionarios, que no sueñan sino en anular ventas y restablecer diezmos, y hacer revivir señorios, y suprimir épocas, y proclamar teorías, etc., etc. Por supuesto que han de *apagar* todas las luces del mundo.

«Vivimos en tiempos, Sres. Directores, en que hay quien diga todas estas simplezas, y jaspómbrense Vds...! que las diga sin rubor. Con lo cual, y con usar y abusar de una fraseología deplorable, se trastorna á corazones débiles y se confunde á inteligencias no privilegiadas.

«Comprendese bien cuán hercúlea paciencia necesitan ustedes para estar un día y otro combatiendo sofismas y rechazando absurdos: pero todo se puede conllevar por amor á España, á quien miseramente se ha engañado y se está engañando todavía. Combatan Vds. por esa amada España, y como el Ajax de Homero, pidan sólo luz para combatir, porque sólo se necesita de luz para vencer.

«En el partido carlista no hay disensiones. Ese partido no semeja á los liberales, que llevan en sus entrañas la discordia y la disolución: ese partido tiene principios fijos, y está representando por un hombre que siempre vive, porque el Rey nunca muere. Supongamos que desapareciera de entre sus filas un varón insignificante: la pérdida dolorosa, será ocasión de que despliegue toda su grandeza; y el mundo verá que, sin experimentar desfallecimiento, ni siquiera turbación, sigue su marcha, como un sólo hombre, bajo la hermosa bandera de Dios, Patria y Rey.

«Aquel varón insignificante habrá muerto: mas el partido permanece inmortal, como los principios que representa.

«En vano se pretenderá turbarlo hablando de carlistas viejos y de carlistas nuevos. Unos y otros son carlistas, y todos de la *vispera*, porque el duque de Madrid no se encuentra todavía en el alcázar de sus mayores. Hay entre los carlistas, empero, quienes han tenido la honra de prestar más largos servicios, y justo es que, al pasar por delante de los restos gloriosos de un ejército gloriosísimo, nos descubramos todos la cabeza, como si pasáramos por delante de la lealtad y del honor.

«Inútil es también que, para dividirnos, se hable de *neismo*. Lo que ayer pudo ser hábil, hoy sería de mal gusto. Ayer había en España algunos hipócritas, que por temor al magistrado ó al pueblo, no osaban atacar frente á frente la Santa Religión de nuestros padres. Esos tales inventaron los *neos* para ofender á los católicos. Pero hoy..., hoy no tienen necesidad de mentir: que han conquistado ya el derecho de blasfemar, y en presencia de España y del mundo levantaron la capilla protestante y negaron la divinidad de Jesucristo.

«Yo no conozco, Sres. Directores, ningún católico que crea y quiera más que lo que manda creer y querer la Iglesia nuestra Madre.

«La inmensa mayoría de los católicos forma el gran partido carlista. Ciertamente que hay católicos también en otros campos, y cierto que allí no están bien. A estos nuestros hermanos, á quienes tiene alejado de nosotros un pundonor mal entendido, ó un recelo infundado, ó un error lamentable, debemos esforzarnos por atraer con la verdad que gana entendimientos, y con la caridad, que conquista corazones.

«Después del concordato, el partido Carlista no puede pensar ni en anular ventas de bienes ni en restablecer diezmos; y por razones que á nadie se esconden, nunca ha pensado en hacer revivir señorios. Decir que anhelaba el reinado de la teocracia, parece burla en tiempos en que la Iglesia, perseguida en todo el mundo, le queda solo su cruz de madera. Ahora, por lo que toca á resucitar muertos y á apagar luces, y suprimir épocas, y otras lindezas por el estilo, cabe en lo posible que algo crea algún simple; pero saben los cuerdos que el partido carlista sólo aspira á restablecer la unidad, la política y la enseñanza católicas, y sólo intenta suprimir esas dos cosas que se llaman *liberalismo* y *parlamentarismo*.

«Si hubiese alguno que, víctima de una inverosímil aberración, juzgara necesario que se liberalizara el partido carlista, lo que debía concluir es que ese gran partido estaba en el caso de disolverse, é ir á reforzar alguna ó algunas de las fracciones liberales que han llevado á nuestra patria infeliz al estado en que hoy la vemos.

«El Duque de Madrid, el nieto de Carlos V. ni es ni puede ser Rey liberal en el sentido que tiene implacablemente esta palabra en el tiempo moderno. Así podría el Duque de Madrid representar al liberalismo, como su augusta tía doña Isabel á la monarquía tradicional. Por eso el Sr. D. Carlos de Borbón y de Austria, á pesar de solicitudes antiguas y recientes, ha permanecido inquebrantable, teniendo la bandera de los grandes principios que formaron y forman la íntima y verdadera Constitución de España; y sabe decir, con acentos dignos de un Rey, que si cupiese en lo posible que arroja-se al suelo esa bandera, dejaría sobre ella su Corona.

«En esa bandera, pues, jamás se escribirá la palabra *liberalismo*, que es la libertad del bien y del mal, y según algunos inocentes; y según los avisados, la libertad del mal oprimiendo al bien.

«En esa bandera jamás se escribirá la palabra *parlamentarismo*, que es en su esencia eso que se llama gobierno de la nación por la nación: sistema corruptor y falso que da de sí un despotismo disfrazado ó una república vergonzante; y que por malo y por extranjero, lo desdena nuestra altivez y lo condena nuestra razón.

«Una mentira envilece á un hombre; una ley-mentira corrompe á un pueblo.

«Yo confieso, Sres. Directores, que es ceguedad que espanta á de algunos que, á despecho de tan larga y dolorosa experiencia, no acaban de comprender que condenamos el parlamentarismo porque amamos la justicia, que es incompatible con él, y porque amamos la libertad condenamos al liberalismo, que es su mortal enemigo. ¿Cómo no ven esos hombres que por los caminos del liberalismo y del parlamentarismo ha llegado España á la espantable bancarota de la Hacienda, de la autoridad, del honor y de la justicia? Pues siendo así, ¿hay locura igual á la de creer que aquello que corrompido puede purificar, y que aquello que mató puede dar vida? Consideren que la Revolución de Setiembre no ha caído de las nubes, ó de su gracia ha brotado de tierra, sino que ha venido engendrándose por largos años en las entrañas del liberalismo y del parlamentarismo: adviertan que muchos de los que blasonan de liberales y que nos apodan, sin saber lo que dicen, de *reaccionarios*, confiesan ya que no se puede vivir, y andan, para vivir, buscando un dictador; y tengan todos entendido que la España liberal está fatalmente condenada á la dictadura ó á la anarquía.

«Sólo puede salvarla de los horrores de esta y de la infamia de aquella la monarquía tradicional y cristiana de su Rey legítimo: sólo esta monarquía puede dar á España la verdadera libertad, la cual consiste en el pacífico reinado de las leyes justas.

«La monarquía tradicional y cristiana está bosquejada fielmente en la carta del señor Duque de Madrid á su augusto hermano el infante don Alfonso. Meditad profundamente, y se comprenderá que puede ser y debe ser el punto honoroso de unión para todos los hombres de buena fe, sea cualquiera el campo donde hayan militado; que allí está la antigua España con sus grandes principios, atendiendo, como es muy puesto en razón, á las verdaderas necesidades y á las legítimas aspiraciones del tiempo presente.

«Quien así no lo comprenda, ó desconoce el estado de España, no sabe leer, ó no quiere entender. En este último caso, difícil será convencerle: el interés es ciego y sordo, y no verá ni oír hasta que el socialismo hiera á golpe redoblado las puertas de nuestras casas.

«Pero Vds., Sres. Directores, que escriben para los que buscan la verdad, con sólo dar á conocer en su letra y en su espíritu esa Carta-manifiesto y el nobilísimo corazón del Duque de Madrid, habrán hecho la conquista moral de los hombres de buena fe que no están todavía á nuestro lado.

«Luz y verdad, y el triunfo de nuestra causa, con la ayuda de Dios, es indudable.

«El pueblo español, haziendo de farsas y harto de reyezuelos, tiene hambre y sed de justicia, y necesita de Rey, pero de Rey legítimo: de Rey que no lo sea de un partido, sino de todos los españoles; de Rey que llame en torno suyo á los más honrados y á los más capaces, para que le ayuden á establecer y fundar un gran gobierno, que es lo único que necesita España para ser un gran pueblo.

«Dios querrá que España lo salude pronto y lo respete y lo ame, en un joven augusto que abraza en su pecho el corazón de Enrique IV. Todo por el Rey que reine y gobierne con el consejo de hombres sabios, y con asistencia de Cortes en que estén verdaderamente representadas las fuerzas vivas de España y sus elementos conservadores. Todo por el Rey, y todo para el pueblo.

«Luz y verdad, repito, y es indudable, con la ayuda de Dios, el triunfo de nuestra causa. Imposible que la revolución de setiembre funde nada estable. Esa revolución impía es una miserable negación.

«Vivir en la anarquía, es morir; vivir bajo una dictadura, sería infamarse. Si merced á circunstancias extraordinarias llegará á ser restablecida en el Trono la desgraciada señora que de él cayó, ó puesto en su lugar un niño, ó sentado un Rey extranjero; ¿cuánto tiempo duraría una situación débil de suyo, y por sus mismos principios minada, y por muy poderosos enemigos combatida.

«Ó no hay humano remedio, ó el remedio para España es la monarquía tradicional. Debemos creer en su triunfo, porque no debemos creer que España esté destinada á morir. Cuestión de tiempo, y de poco tiempo. Los verdaderos carlistas, sin embargo, no necesitan de esperanzas lisonjeras para seguir constantes en la empresa comenzada. Siguen y seguirán por un más alto pensamiento; que los grandes caracteres y los hidalgos corazones, antes que al aliciente del triunfo, atienden al cumplimiento del deber.

«El deber en nuestro caso es clarísimo para cuantos amen la fe de sus padres y no renieguen de su gloria; puesto que sería desvergüenza no confesar que la revolución de setiembre es descaradamente anti-católica; y sería insensatez desconocer que en España y en Europa se está riñendo una gran batalla entre el catolicismo y el racionalismo. Nuestros padres, en la larga sucesión de los siglos, han sido católicos, y el mundo les ha servido valedores, ó les ha respetado caballeros. Si no somos indignos de nuestros padres, ya sabemos cuál es nuestro puesto. Cumpla cada cual con su deber, que el resto lo hará Dios.

«Tales son los principios y sentimientos que ustedes Sres. Directores, sustentan y defienden en sus apreciables periódicos. Por lo que han hecho noblemente hasta aquí, el Duque de Madrid les dá gracias, y les insta y les conjura para que redoblen sus esfuerzos en pró de la santa causa, no dando nunca al olvido que, á pesar de la elocuente experiencia de tan largos años, son muchos todavía los hombres de buena fe que están ciegos ó no ven claro, y militan por ello, seducidos, en campos contrarios.

«Con verdad y caridad podemos, si es lícito hablar así, llegar hasta el límite del nuestro para tenderles los brazos y atraerlos; pero nunca jamás podremos salir un paso de él; y si bien tolerantes con las personas, nunca jamás reconoceremos derechos al error, ni guardaremos consideraciones á la mentira; por que debemos sobre todo salvar nuestra conciencia ante Dios, y el honor de nuestra bandera á los ojos del mundo.

«La Tour 3 de Mayo de 1870.

«ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.»

A continuación insertamos la carta que el general Lersundi ha dirigido al Gobierno, explicando su actitud actual.

«Excmo. Señor:

A las cinco de la tarde del día 6, un agregado á la embajada de España en esta capital me entregó abierta la comunicación de V. E., fecha 2 del corriente; mas como la notoriedad que hayan podido llevar al Gobierno, de que yo esté ni al frente ni en punto alguno de la conspiración que V. E. en su citada comunicación me atribuye, es tan falsa, como cierta es mi falta de salud; cualesquiera que sean las publicidades que en sentido contrario hayan llegado hasta V. E., me veo en la necesidad de contestar á la última y perentoria disposición recibida, con la ratificación literal de mi escrito de 9 de Marzo próximo, pero no sin protestar antes, y en la forma debida, contra las suposiciones inusitadas y ofensivas que V. E. desde su puesto de autoridad lanza sobre un general cuya palabra nunca ha sido desmentida y cuyas opiniones y conducta militar y política jamás han ido encubiertas con el manto del dolo ó del misterio.

Ahora, Excmo. Sr., si la revolución misma que hizo el vacío en el trono de San Fernando, y que para llenarlo tiene abierto un verdadero concurso de aspirantes, sin exclusión ni condición alguna, ha establecido que sea delito en un general español fuera de todo mando é influjo oficial en el ejército, al creer que la candidatura del príncipe de Asturias es la solución más sólida, más respetable y más provechosa para curar los males de la patria, el sostenerla y propagarla como tal en la opinión pública, soberana del Universo; y aún al aspirar con ella á la reivindicación del trono para este inocente niño, nacido entre nosotros, representante del derecho y símbolo más seguro de verdadera libertad que el que pueden ofrecer los demás aspirantes, arrastrados simplemente por la ambición las más veces ciega, y casi siempre avasalladora; si esa misma revolución ha señalado alguna pena para el que se acerque á una reina en la desgracia, cargada con las culpas de todos, y le ofrece la expresión del respeto y homenaje, que ningún general ni caballe-

ro español puede negar al más vulgar de los infortunios ó para el que le aconseja patriótica y desinteresadamente el modo de atraer en derredor de su augusto hijo la fuerza de la opinión del país, en ese caso me anticipo á la causa que se me anuncia, y me apresuro á confesarme reo de ese delito, y á reclamar para mí toda la pena; pena y delito que no conocía, y que seguramente no deben estar aún inscritos en las Ordenanzas del ejército, cuando tantos otros generales han sabido ser en su día corteses con la desgracia, apoyar como yo candidaturas determinadas y hasta según esa misma publicidad y notoriedad que para mí se invoca, hay algunos que aspiran, pretenden y trabajan por cambiar su propio uniforme de general por la púrpura de Carlos V, sin que se les haya amonestado, ni formado causa, ni menos aplicado la pena que para mí puede estar reservada; en resumen, excelentísimo señor; yo estoy, como estaba, enfermo, y no puedo por ahora trasladarme á Madrid: he ofrecido, y ofrezco reiteradamente, la expresión de mi respeto á S. M. la reina Isabel: no pertenezco á una conspiración que no existe, ó en cuya realidad no creo, con igual razón, con más derecho y usando de los mismos medios que han empleado los que sin responsabilidad exigida hasta ahora han apoyado y apoyan las candidaturas de D. Fernando y Luis de Portugal, del duque de Aosta ó de Génova, del capitán general duque de Montpensier, y aún las de algunos otros generales del ejército español: yo apoyo en conciencia, honor y resultante la del príncipe de Asturias, desde que su augusta madre, en un documento solemne, publicado en reciente fecha, consignó de un modo decisivo y absoluto su propósito de transmitir á su inteligente hijo los derechos á la corona de España, que hoy sólo conserva como un depósito sagrado. Si esto es materia para una causa y motivo para una pena, V. E. la propondrá y el tribunal lo resolverá. Entretanto yo, con la conciencia de buen español y soldado leal, espero tranquilo el fallo que dictan la imparcialidad, la justificación y la hidalguía de los generales que me han de juzgar.

Dios guarde á V. E. etc. etc.

FRANCISCO LERSUNDI.»

(Paris.)

LA CONSTITUCION DOGMÁTICA

DE ECCLESIA.

La *Gaceta de Ausburgo* nos da el texto de la Constitución dogmática de *Ecclesia*, en lo concerniente al primado é infalibilidad del Pontífice romano.

Tres capítulos ó explicaciones detalladas van consagrados al primado, á su institución, su naturaleza y extensión, etc., y tres cánones siguen á estas explicaciones.

Hélos aquí:

CÁNON 1.º «Si alguno dijere que el bienaventurado apóstol Pedro no fué constituido por Cristo príncipe de todos los apóstoles y jefe visible de toda la Iglesia militante; ó bien que no hubiese recibido sino una primacía honorífica y no directa é inmediatamente una verdadera y positiva primacía de jurisdicción; sea anatema!»

CÁNON 2.º «Si alguno dijere que no fué por institución del mismo Señor Jesucristo como el bienaventurado Pedro tuvo sucesores perpetuos de su primacía sobre la Iglesia universal, ó que el Pontífice romano no es de derecho divino sucesor de Pedro en esta misma primacía, que sea anatema!»

CÁNON 3.º «Si alguno dijere que el Pontífice romano sólo recibiera un cargo de inspección ó dirección, y no un supremo y pleno poder de jurisdicción sobre toda la Iglesia, no sólo en las cosas relativas á la fe y á las costumbres, sino también en las que se refieren á la disciplina y al gobierno (régimen) de la Iglesia, esparcido sobre toda la tierra; ó bien que este poder no es ordinario é inmediato, bien sea con respecto á todas las iglesias en general y á cada una en particular, ó bien con respecto á todos los pastores y fieles en general y á cada uno en particular, que sea anatema!»

La *Gaceta de Ausburgo* no publica ningún canon relativo á la infalibilidad, es decir, la fórmula resumida y breve de la doctrina, con su anatema respectivo, y da tan sólo para este objeto el capítulo, esto es, la explicación, la glosa, etc.

No sabemos aún si esto podrá ser una omisión, ó si real y efectivamente está desprovisto de canon el capítulo de la infalibilidad.

A pesar de su mucha extensión y considerando lo importantísimo de la materia, vamos á dar íntegro el capítulo. Dice así:

«En el supremo poder de jurisdicción apostólica sobre toda la Iglesia que ha obtenido el Pontífice romano, como sucesor de Pedro, príncipe de los apóstoles, está también comprendido el poder supremo de la enseñanza (*magisterii*), así como lo demuestran el uso constante de la Iglesia y la doctrina de los mismos Concilios ecuménicos. Siguiendo desde luego las solemnes profesiones de fe de los Concilios generales, en cuyo seno se hallaban unidos por la fe y la caridad el Oriente y Occidente, con el cuarto Concilio de Constantinopla, creemos que

ante todo debe guardarse la regla de la fe y no cambiar nada en las decisiones de los Padres. No puede descuidarse la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo, que dice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi iglesia (San Mateo, XXII, XXIII).» Tanto más, cuanto que, lo que ha sido dicho, ha sido probado por el efecto, visto que la Sede apostólica ha conservado siempre sin mancha la religión católica, profesada siempre una doctrina santa tan bien, que todos los fieles están obligados a seguir esta Silla apostólica, a fin de merecer el estar en comunicación con ella, en la que es completa y verdadera la solidez de la religión cristiana. (De la fórmula de San Hormidas, Papa, tal como Adrian II la propuso a los Padres del octavo Concilio ecuménico, cuarto de Constantinopla, y tal como los Padres la firmaron.)»

Además, con el segundo Concilio de Lyon confesamos que la Santa Iglesia Romana ha obtenido la completa y plena primacía en principio sobre toda la Iglesia católica y que entre otras prerogativas tiene la de defender la verdad de la fe, y si surgiese alguna cuestión de fe, de definirla y juzgarla. (Sacado de la profesión de fe que formularon los Padres en el Concilio ecuménico, de Lyon.) En fin, con el Concilio de Florencia repetimos, que el Pontífice romano es el verdadero vicario de Jesucristo, jefe de toda la Iglesia y Padre y doctor de todos los cristianos, y que en la persona de Pedro le fué dado por Jesucristo pleno poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal.»

Aprobando de este modo el Santo Concilio, enseñamos y declaramos como dogma de fe que el Pontífice romano, al cual fué dicho, entre otras cosas, en la persona de Pedro y por boca de Jesucristo: «He rogado por ti a fin de que tu fe no desfallezca y que tú, vuelto en ti, confirmes a tus hermanos de que el Pontífice romano, al cual ha sido hecha la promesa de asistencia divina, no puede errar, cuando al ejercer las funciones de doctor supremo de todos los cristianos, define de autoridad apostólica, lo que en las cosas de la fe y de las costumbres debe ser reconocido como de fe o como contrario a la fe de la Iglesia universal, y que sus decretos o decisiones, irreformables de sí mismas, deben ser admitidas o guardadas por todo cristiano, tan pronto como le sean conocidas y con una entera obediencia.

Y como la infalibilidad es la misma, ya la consideremos en el Pontífice romano como jefe de la Iglesia, o ya en toda la Iglesia que enseña unida a su jefe, definimos además que esta infalibilidad se aplique a un sólo y mismo objeto. Si alguno se atreviese, lo que Dios no quiera, a contradecir la presente definición, que sepa está separado de la verdad de la fe católica y de la unidad de la Iglesia.»

Tal es el texto del capítulo de la infalibilidad que sigue a los tres capítulos del primado. Pero, ya lo hemos dicho, viene sólo y sin estar acompañado del canon y anatema correspondientes. Parece probable se decidirá por no dar a esta doctrina, por dogmática que sea, una sanción conminatoria.

MÁS FIRMAS.

Exceden de 20.000 las firmas que, después de las 77.345 que anunciamos antes, vienen a autorizar la protesta iniciada por el Casino Español de la Habana, contra el pensamiento de venta de Cuba iniciado en esta capital por *La Discusión* y *El Universal*. A estas se unieron otras, que según avisos que hemos recibido, van consignándose también en ese importantísimo documento.

Terminada que sea la impresión de todas, serán depositados los pliegos en uno de los archivos en que deben conservarse antecedentes tan útiles para la historia.

El general Caballero de Rodas ha retirado la orden, disponiendo que los cubanos que quieran ir a los Estados-Unidos, debían dar una fianza de pesos fuertes 5.000, como garantía de que no tomarían parte en conspiración contra España.

Todos los periódicos de anoche publican el siguiente telegrama, de cuya autenticidad no respondemos.

Nueva-York 21.—El general Caballero de Rodas ha dado una proclama, en la cual declara que todos los esclavos de los insurrectos serán emancipados, así como aquellos que hayan servido a las tropas españolas en calidad de guías o ayudado al Gobierno voluntariamente. Termina asegurando que no quedan más que pequeñas partidas de rebeldes armados.

Acostumbrados estamos a que usen algunos colegas de toda clase de medios para adular los hechos en beneficio de los partidos que defienden; pero confesamos con franqueza que en asuntos que no son de apreciación política, no podíamos comprender que se desfiguraran

de un modo tan lastimoso la realidad de los sucesos y la exactitud de las palabras.

Aseguramos en uno de nuestros números anteriores que era falso, absolutamente falso, el rumor que había circulado acerca de un desembarco de bozales en la isla de Cuba, y *El Universal*, que no perdona medio de hacer ruido en pro de los que denuncian abusos imaginarios, se dirige a nosotros insistiendo en la veracidad de la noticia y citando en su apoyo las siguientes palabras que atribuye al señor ministro de Ultramar:

«Efectivamente, se ha realizado en Cuba un desembarco de negros bozales; el Gobierno tiene antecedentes y pruebas de ello, y había dado las órdenes oportunas para que no se repitiesen semejantes atentados a la moral y a la ley.»

La mejor respuesta que podemos dar a nuestro colega es tomar del *Diario de Sesiones* las palabras del Sr. Moret, que son completamente distintas de las que cita el periódico defensor de la cesión de Cuba.

«Hay, en efecto, algunas noticias hace ya tiempo en el Ministerio de Ultramar acerca de ese hecho a que se refiere el Sr. San Miguel. El Capitán general de Cuba comunicó al Ministerio que había llegado a su noticia un hecho de esa naturaleza, y que había adoptado las disposiciones más energéticas, disponiendo la prisión de varias personas sobre las que recaían sospechas, y entregándolas a los tribunales ordinarios para que procedan conforme a la ley. Hasta ahora no se han recibido más noticias en el Ministerio; y no conociéndose el resultado de las causas que se hayan formado, no puedo contestar ahora más. Pero si puedo asegurar que las disposiciones tomadas acerca de este particular son tan terminantes como puede desearlas el espíritu recto de justicia, como reclama la moderna civilización, y como deben ser después de la revolución de Setiembre. De la manera como están vigiladas las costas tiene el Gobierno la seguridad de que no pueden repetirse hechos de esa especie, y que no volveremos a pasar por la vergüenza de tener que hablar de hechos de esta naturaleza. Es todo lo que puedo decir al Sr. San Miguel.»

La forma dubitativa empleada por el señor Moret, tenía por ventura algo de común con las afirmaciones de *El Universal*? Examinen nuestros lectores, y dejemos a su juicio el juzgar la imparcialidad de nuestro colega, y la ligereza de sus afirmaciones.

A *La Discusión* remiten desde Cádiz una carta diciendo que Céspedes ha hecho fusilar 223 prisioneros españoles en venganza de la muerte de Goicuría.

Los últimos partes telegráficos de América dicen lo siguiente:

«Habana 21.—A consecuencia de una operación combinada, los insurrectos han sido completamente derrotados (debe haber sido en el distrito de Camagüey) habiendo tenido 104 muertos, entre ellos ocho cabecillas y 20 prisioneros. Se les ha cogido una bandera, armas y la correspondencia. Además se han presentado muchos.

Por nuestra parte hemos tenido el coronel Sr. Chinchilla gravemente herido, y además dos oficiales y cuatro soldados heridos.»

Washington 22.—Ha llegado el titulado general Jordan, uno de los jefes de los rebeldes cubanos.

Ha tenido muchas entrevistas con diputados y funcionarios públicos.

Los partidarios de los insurrectos de Cuba hacen correr el rumor de que Jordan organiza una nueva expedición filibustera y que ha adquirido ya muchas armas y municiones.

EXTRANJERO.

En *El Gaulois* del 19 se lee lo siguiente:

«Según parece, está ya acordado en Consejo de Ministros, y uno de estos días, se pondrá al despacho del emperador, la ley derogando los decretos que expulsaron de Francia a los príncipes de Orleans y al conde de Chambord. Los príncipes, según nos dicen, aceptarán gustosos esta ley que les permitirá residir en París.»

Londres 17 de Mayo.—En la Cámara de los Comunes, Mr. Otway, subsecretario de Negocios extranjeros, desea se abra una información sobre los recientes acontecimientos de Marathon. Dudando mucho que la presencia en el Pireo de la escuadra inglesa, sea necesaria, en atención a que pudiera creerse que no se hacía justicia sino por la presión que ejercía una flota armada.

«La *Hamera*, periódico griego que se publica en Trieste, aconseja como remedio al actual estado en que se encuentra la Grecia, la abolición de la Constitución, confiando el poder al rey de Grecia.

Ha tenido lugar un duelo en Atenas entre el ministro de Francia Sr. Baude, y el ex-comandante de plaza Demetrio Soutza.

El embajador asistía a las exequias del joven y simpático secretario de embajada Sr. Hébert, que fué tan cobardemente asesinado por los bandidos.

Al salir del templo vió al ministro de la Guerra, en quien con razón o sin ella se supone una extrema debilidad en el asunto.

La presencia de este hombre es un escándalo, exclamó.

Demetrio, hermano del ministro, y que acababa de oír aquellas palabras, intimó al valiente representante a que las repitiese, y éste añadió que la presencia del comandante de la plaza era otro escándalo no menos grande.

El desafío que siguió a este cambio de palabras no ha tenido consecuencias graves.

La embajada china ha salido de Bruselas con dirección a Italia, desde cuyo punto se trasladará a España y Portugal.

ITALIA.

Florencia 13 de Mayo.

Los estudiantes de la Universidad intentaron provocar desórdenes profiriendo gritos sediciosos; pero las autoridades lograron ahogar el motín, y arrestaron a tres de los alborotadores.

El ministerio manifestó en la Cámara que el movimiento insurreccional de Catanzaro tenía ramificaciones y que había comunicado sus instrucciones por el telégrafo a los prefectos, para proceder en defensa de la tranquilidad pública. El prefecto de Leghorn, había avisado que se notaban síntomas de turbulencias en su distrito, y que el segundo jefe de una banda de republicanos, llamado Mayer había logrado apoderarse de algunas armas pertenecientes a la guardia nacional de Kantignaro. Los republicanos no habían encontrado auxilio en la población.

Otro grupo de insurrectos había aparecido en Volterra, mandado por un tal Gogliano. Las tropas lo persiguen con actividad. Los avisos recibidos de las provincias toscanas nos informan que los revolucionarios son perseguidos sin descanso; se espera su próxima dispersión. Once de estos que se volvían a sus casas han sido reducidos a prisión.

Nápoles 14 de mayo.

Se ha cerrado la Universidad a consecuencia de la renovación de los disturbios. Se ha preso a quince persona. Se ha restablecido el orden en la provincia de Catanzaro.

Durante los alborotos en la Universidad, se arrojaron tres bombas en el patio, que hicieron explosión, y uno de los estudiantes hizo fuego con un revólver.

Florencia 17 de mayo.

Una banda de insurrectos que apareció en la provincia de Grosseto, ha sido cercada por las tropas y ha rendido las armas.

Todos, incluso el jefe, han sido hechos prisioneros, restableciéndose la tranquilidad en la Calabria.

AMÉRICA ESPAÑOLA.

El 31 de marzo hubo en Buenos-Aires un terrible huracán que causó grandes daños.

Las mercaderías depositadas en los almacenes de la aduana que habían sufrido mucha avería en el temporal del agua del 9 del mismo mes, quedaron en un estado deplorable, y la pérdida, que recae principalmente sobre casas inglesas, excede de 570.000 pesos. Las casas extranjeras perjudicadas han resuelto establecer reclamaciones contra el gobierno.

ESTADOS-UNIDOS.

Un sistema de aduanas modelo de liberalidad.

El gobierno norte-americano ha dictado órdenes terminantes para que sea minuciosamente registrado el equipaje de los pasajeros que lleguen a los Estados-Unidos. Todo pasajero está obligado a hacer una declaración del número de baúles, sacos y demás bultos que compongan su equipaje. El contenido debe manifestarse con la especificación de equipaje que no pida derechos de importación, y mercancías sujetas al pago, y esa declaración ha de entregarse al empleado de la aduana del puerto del arribo, cuyo funcionario, a la llegada de cada vapor, la espera acompañado de muchos subalternos suyos. Toda parte de equipaje considerada mercancía sujeta al pago de derechos, cuyo valor exceda de 500 pesos será detenida, enviada a un establecimiento público para su examen y avalúo: todo equipaje queda sujeto a un registro escrupuloso, así como los mismos pasajeros. Cualquier fraude u ocultación que estos hagan, es causa bastante para la confiscación del equipaje y sujeta a su propietario a otras penas.

El Senado de Washington ha aprobado el *Bill* que fija la fuerza del ejército en 30.000 hombres.

La República norte-americana, cuyas fuerzas militares permanentes eran pocas en número, ya sostiene en pie de guerra triplicado número de soldados, que en épocas no muy lejanas.

El laborantismo ha provocado meetings en Nueva-York y en otras ciudades de los Estados-Unidos, para expresar la indignación que les ha causado la ejecución del filibustero Goicuría, invasor del territorio español, al que ha ido a llevar la desolación y la ruina.

AUSTRIA.

Las noticias de Praga no son buenas.—Los Tcheques piden la disolución de la Dieta actual, y prometen concurrir a otra que sea convocada.—Rehusan contraer ningún compromiso respecto al Reschsrath (Congreso central del Imperio).

Los esfuerzos del conde de Potocki, han logrado que Bohemia entre en vías conciliatorias. La conducta ulterior dependerá de la respuesta que dé la corona al Mensaje, que han de dirigirse en la primera reunión de la Dieta.

Los disturbios y dificultades que amagaban la paz interior del Imperio, por este lado, parecen conjurados por el momento.

ROMA.

Los padres del Concilio, han abordado con el mayor entusiasmo el *schema* de la infalibilidad del Papa, y tan frecuentes son sus reuniones, y tan gran mayoría de votos tiene ya asegurada en las congregaciones, que se espera sea proclamada antes de muy poco tiempo.

FRANCIA.

Se cree que el Duque de Gramont, nuevo ministro de Negocios extranjeros, se muestra partidario de la alianza Austro-francesa, y apoyará la intervención del Austria en todas las cuestiones que surjan en Oriente con el fin de contrapesar la influencia rusa.

El emperador de Rusia llegó a Ems el 15 del corriente.

El *Diario de San Petersburgo* dice, que la noticia dada por los periódicos de la India, de que las tropas rusas marchaban sobre Khiva y habían pedido al Khan de Bokhara provisiones y un cuerpo auxiliar de 5.000 hombres, es una pura invención.

GRECIA.

El ministro de Francia ha notificado al gobierno griego que si algún ciudadano francés caía en poder de los bandidos que infectan el país, se exigirá al indicado gobierno que satisfaga el rescate que se pida por los malhechores.

Captura de personas sospechosas de ser fenianas.

John Wilson, fabricante de armas de fuego y Mighad Davit, han sido conducidos ante el juez de policía de Marglebone, acusados el primero de poseer 50 revólvers de seis tiros, y el segundo por hallarse vagando por las cercanías de Paddishton, con intenciones ilegales. Wilson fué aprehendido al apearse del tren con un paquete de revólvers. En el bolsillo se le halló un papel con las señas de la casa en que Davit residía, y éste fué arrestado por consecuencia de ello. Los presos fueron conducidos a la prisión.

Las elecciones en Longford (Irlanda), han tenido lugar con mas orden que las anteriores. La presencia de la tropa y de la policía, ha sido suficiente para contener a los perturbadores. Las patrullas recorrían las calles y se recogían los garrotos que llevaban los alborotadores. Se habían concentrado en Longford más de 200 condestables, 421 hombres de infantería y algunos husares al mando del brigadier general World. Estas precauciones han neutralizado los esfuerzos de la prensa desorganizadora.

En Granard se adoptaron iguales medidas: un cuerpo de lanceros a las órdenes del coronel Lowe, tres compañías de infantería y 250 condestables se hallaban prestos a apaciguar cualquier tumulto.

CÓRTEES CONSTITUYENTES.

La sesión de ayer, notable por más de un concepto, y cuyo extracto tomamos del acreditado periódico *La Epoca*, insertando también algunas breves observaciones de nuestro colega, sería objeto de un detenido trabajo para nosotros, que abordaríamos desde ahora, si no nos contuviese el deseo de esperar el resultado de nuevas cuestiones parlamentarias que se anuncian y que como la suscitada ayer en la Cámara se refieren directamente a las Antillas. Prudente nos parece aplazar el cumplimiento de ese deseo para nuestro próximo número, persuadidos de que entonces podremos emitir nuestra opinión con más franqueza que hoy, porque tendremos ocasión de apreciar el encadenamiento que hay entre todos los particulares que se tratan en la Cámara y que se relacionen con aquellas provincias.

Hé aquí el extracto antes indicado:

Abierta la sesión a las tres bajo la presidencia del señor Ruiz Zorrilla, se lee y aprueba el acta de la anterior.

Se lee una proposición para que así que se concluyan de discutir las dos leyes pendientes, se ponga a discusión la Constitución de Puerto-Rico con preferencia a todo otro asunto.

La apoya el Sr. Balderioty. Su señoría dice que las Cortes ya han manifestado sus deseos de que no haya más aplazamiento; que puede faltar el número de diputados, y que es de urgente necesidad dotar a aquel país de una Constitución.

Su señoría se extiende en algunas consideraciones sobre el espíritu liberal de Puerto-Rico, sin que le alarme la palabra «independencia» que allí se oyó a la raíz de la Revolución de Setiembre, porque no era más que un eco de la palabra «libertad» que había resonado en España.

Concluye tronando contra la esclavitud y lee una circular reservada que acaba de dirigir la autoridad superior de la Isla a las autoridades subalternas, para que se cumplan los reglamentos de esclavos, una vez que los asesinatos que se perpetran en los ingenios no tienen otra causa que el mal trato que se da a aquellos.

(Este orador, que habla por vez primera, había empezado bastante turbado; pero hacia el medio de su discurso va recobrando su serenidad, y entonces se dirige a la minoría conservadora haciéndola duros cargos, y a la republicana con menos actitud, por su respectiva conducta respecto a las cuestiones de Ultramar.)

(Al hablar de la esclavitud se acalora y destempera con frecuencia.)

En seguida se promueve un acaloradísimo debate con motivo de hablar para alusiones los Sres. Romero Robledo y Figueras.—El señor presidente, Ruiz Zorrilla, con prudentes observaciones, trata de cortar por considerarlo estéril.—El Sr. Romero Robledo cede, pero no el Sr. Figueras.—Entonces se consulta a la Cámara y esta le niega la palabra.—La minoría republicana abandona con tal motivo el salón, quedando solo en su puesto el Sr. Figueras.

El señor ministro de Ultramar usa de la palabra y cree que esa proposición envuelve un voto de censura a la presidencia, por lo que espera que su autor la retire.

Su señoría alude intencionalmente al Sr. Figueras para que pueda hablar.

El Sr. Figueras explica con este motivo la conducta de la minoría republicana, la cual dice que es patriótica antes que revolucionaria. (Aplausos.)

Dice también que por mucho derecho que tuvieran los cubanos para pedir reformas, las pedían con las armas en la mano, y en este terreno no podía seguirlos. (Aplausos estrepitosos.)

Concluye haciendo algunas alusiones a la reacción y a los alfonsinos.

Con este motivo se promueve otro debate entre el señor Romero Robledo y el Sr. Figueras, que toma en algunos momentos las proporciones de un tumulto.—El Sr. Romero Robledo habla del príncipe Alfonso con el respeto que se merece su desgracia, y a lo que el Sr. Figueras llamaba «elementos alfonsinos», él opuso la frase de «rumores filibusteros.» (Grandes aplausos en las tribunas.)

El señor presidente hizo todo lo posible para cortar este debate, desplegando a la vez prudencia y energía. Su señoría dijo que ya en un principio había previsto que había de ser estéril y pura palabrería; pero no había sospechado llegara a convertirse en lo que no quería calificar.

Su señoría dijo también que en la Cámara no podía haber alfonsinos ni filibusteros. A estos los trató con indignación y desprecio en medio de los aplausos de la Cámara y tribunas.

El Sr. Balderioty retira la proposición.

Entrando en el orden del día, continúa la discusión de la ley municipal y provincial.

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.